



XLI

La muerte de Lukachka

ESTÁN muy lejos?—preguntó Lukachka.
En este momento oyóse una detonación seca á distancia de unos treinta pasos.

El corneta se sonrió.

—Nuestro amigo Gurka dispara sobre ellos,—dijo indicando con un rápido movimiento de cabeza la dirección del disparo.

Después de dar algunos pasos, descubrieron á Gurka, quien aburrido cambiaba de vez en cuando algún que otro disparo con los abreks que estaban atrincherados tras otro barranco. De allí venía la bala que habían oído silbar minutos antes.

El corneta, lívido, comenzaba á perder la serenidad. Lukachka bajó del caballo, tendió las riendas á un cosaco y se aproximó á Gurka. Olenín hizo lo mismo y arrastrándose marchó tras él. Tan pronto como hubieron llegado á donde estaba Gurka, dos balas silbaron por encima de ellos. Lukachka sonriendo dirigió su vista á Olenín y se agachó.

—Te van á matar, Andreitch,—dijo.—Mejor harías en marcharte. Aquí corres peligro.

Pero Olenín estaba muy interesado en presenciar la caza de los abreks.

Tras el montículo, á una distancia de doscientos pasos, vió

gorras y fusiles. De repente vióse un fogonazo y silbó otra bala. Los abreks estaban echados al pie del montículo, cerca de un pantano. El punto de operaciones que habían elegido extrañó á Olenín. Aquel sitio presentaba igual aspecto que el resto de la estepa, mas por el solo hecho de hallarse allí instalados los abreks parecía diferente. Olenín se dijo que no podían haber adoptado otra posición mejor... Lukachka se volvió al grupo y Olenín le siguió.

—Hace falta un gran carro cargado de heno, de lo contrario



nos matarán,—dijo Lukachka.—Ahí, tras esa colina, hay uno, pero pertenece á los nogais.

El corneta escuchaba y aceptó la idea. Conducida allí la carreta, los cosacos comenzaron á trepar ocultándose tras ella. Olenín subióse á la colina desde donde se veía todo. Puesta en marcha la carreta, los cosacos la siguieron escondidos. Los abreks, que eran nueve, esperábanlos en fila con la rodilla en tierra, pero sin disparar.

Reinaba silencio profundo; de pronto oyóse un canto extraño y lúgubre, parecido al «*Ai, dai, dalalai*» del viejo Erochka. Los thetchenzes, sabiendo que era imposible escapar de los cosacos,

habíanse atado fuertemente con correas á fin de no poder huir aunque tal tentación tuvieran, y entonaban canciones fúnebres.

Los cosacos, siempre ocultos tras las carreta de heno avanzaban prodigiosamente; Olenín seguía esperando la primera descarga que debía producirse de un momento á otro, pero el silencio sepulcral que dominaba no era alterado más que por las tristes canciones de los abreks.

De súbito cesaron los cánticos; sonó un tiro seco; en la carreta chocó un proyectil, se oyeron las interjecciones y los gritos de los abreks. Menudearon los disparos, las balas se hundían en el heno, y los cosacos no contestaban aun, estando á cinco pasos nada más de sus adversarios. Pasó un momento y todos los cosacos salieron de pronto por ambos lados de la carreta lanzando gritos salvajes. Lukachka iba el primero. Olenín no oyó más que algunos disparos, gritos y lamentos. Creyó ver humo y sangre... Desmontó, corriendo á unirse con los cosacos. Horrorizado cerró los ojos. No veía nada, comprendiendo, sin embargo, que todo había concluído. Lukachka, pálido, sujetaba á un thetchenze herido y gritaba: «No lo matéis. Quiero cogerlo vivo». Era el mismo hermano de aquel á quien mató y que vino á rescatar el cuerpo del difunto. Luka le torcía los brazos. El abrek hizo un supremo esfuerzo, logró desasirse y desesperado oprimió el gatillo de su pistola. Lukachka cayó ensangrentado. Quiso incorporarse, pero nuevamente cayó lanzando imprecaciones é injurias en ruso y en tártaro. La sangre brotaba de la herida con extraordinaria rapidez. Los compañeros le desabrocharon el cinturón. Uno de ellos, Nazarka, quiso acudir en su ayuda, pero no conseguía envainar su puñal, tanta era la sangre que bañaba la hoja.

Los thetchenzes habían sido aniquilados; sólo uno, el que hirió á Lukachka vivía aun. Cual un buitre herido, brotando la sangre de su ojo derecho, apretados los dientes, giraba la vista con ferocidad y oprimía la daga, pronto á defenderse. El corneta se acercó á él por un lado, evitando darle frente, y le disparó un pistoletazo tras la oreja. El abrek dió una violenta sacudida y cayó seco.

Cómo pudieron recoger los cosacos las armas y ropas de los muertos. Cada uno de éstos tenía una expresión singular. Luka fué conducido á la carreta; no cesaba de echar juramentos.

—Mientes, morirás en mis manos! No te me escaparás. *Aunaceni*,—gritaba convulsivamente, pero quedó al fin postrado y cayó en el silencio.

Olenín se volvió á su casa; por la noche le dijeron que Lukach-

ka estaba muriéndose y que un tártaro se había empeñado en salvarle con hierbas.

Los cadáveres fueron arrastrados hasta la *stanitza*; las mujeres y niños corrían presurosos á verlos. Cuando entró Olenín comenzaba á oscurecer y durante mucho tiempo estuvo espantado del espectáculo que acababa de presenciar. Pero al hacerse de noche se le renovó la memoria de cuánto había pasado la víspera, y salió á la ventana. Marianka iba y venía por la habitación ocupada en las faenas de la casa. Su madre había salido á recorrer la viña. El padre estaba en su despacho. Olenín, sin esperar que ella terminase su trabajo, entró buscando á la muchacha. Estaba en la cocina vuelta de espaldas á Olenín.

—Marianka!—dijo.—Eh, Marianka! Puedo entrar?

Ella volvióse. Por sus ojos se deslizaban lágrimas apenas perceptibles. Su faz reflejaba gran dolor. La joven miróle con indiferente majestad.

Olenín añadió:

—Vengo, Marianka...

—Déjame!—dijo. No cambió su semblante, pero las lágrimas asomaron más abundantemente á sus ojos.

—Por qué lloras? Qué te pasa?

—Que por qué?—repuso con voz dura y áspera.—Han muerto á mi cosaco.

—Marianka!...—exclamó Olenín.

—Vete! Qué deseas?

—Marianka!...—dijo Olenín acercándose á ella.

—No obtendrás nada de mí.

—Marianka, no hables así,—suplicó Olenín.

—Vete! Qué pegadizo!—prosiguió la joven pateando con ira y aproximándose al alférez en actitud amenazadora. Su rostro reflejaba tal repugnancia y desprecio, una ira tal, que Olenín comprendió bien que no debía alimentar más esperanzas y que lo que en otro tiempo vió de inaccesible en esta mujer era bien fundado. Sin decir una palabra más, Olenín abandonó la cabaña.



XLII

La despedida de Olenín

AL entrar en su casa, tendióse sobre la cama, donde permaneció inmóvil durante más de dos horas; inmediatamente fué á casa del comandante de su batallón pidiéndole permiso para pasar á la Plana Mayor. Sin despedirse, encargó á Vanucha del pago del alquiler y se dispuso á marchar á la fortaleza donde estaba su regimiento. Únicamente le acompañó el viejo Erochka. Bebieron y bebieron mucho. Como cuando salió de Moscova, á la puerta le esperaba un coche de postas. Pero Olenín ya no analizaba sus sentimientos como en aquella época, ni pretendía convencerse de que cuánto había pensado y hecho, no era bueno. Ya no se prometía emprender una nueva vida. Ahora quería á Marianka más que antes, pero sabía que no podría jamás ser de ella correspondido.

—Adiós, *padre*, —le decía Erochka. — Cuando vayas á la guerra, sé prudente. Escucha los consejos de un viejo: cuando haya tiros no te aproximes á los grupos que forman los hombres. Vosotros cuando os sentís intimidados os estrecháis unos contra otros, creyendo que así es menor el peligro, pero yo te aseguro que aumenta. Siempre se tira al montón. Yo me aislaba siempre y jamás fui herido. Sin embargo, qué de cosas no he presenciado yo en mi vida!

—Pero, y la bala que tienes en la espalda? —le preguntó Vanucha, que estaba preparando las maletas dentro de la casa.

—Bah! Eso es una broma de cosaco, —respondió Erochka.

—Cómo de cosaco? —preguntó Olenín.

—Sí; estábamos borrachos; habíamos bebido mucho. Vaguka Sitkin, un cosaco amigo, me soltó un tiro con su pistola y me dió en medio de la espalda.

—Y sufriste mucho? —preguntó Olenín. — Vanucha, date prisa! —añadió.

—Qué prisa tienes! Espera, te voy á contar... Al tirar aquel maldito me penetró la bala; pero, sin tocar un hueso, se me incrustó en la carne y ahí se está. Yo le dije: «Buena la has hecho, me has matado! No, esto no puede quedar así; tráeme un cántaro de vino».

—Pero, sin embargo, te haría sufrir? —preguntó nuevamente Olenín, que apenas si escuchaba el relato.

—Déjame acabar. Me trajo el vino y bebí... La sangre continuaba saliendo y esparciase por toda la cabaña. El viejo Burllok me dijo: «Este mozo va á reventar aquí; dále una botella de aguar-diente, de lo contrario se nos muere enseguida». La trajeron y yo continué bebiendo, bebiendo siempre.

—Pero tú sufrirías? —preguntó nuevamente Olenín.

—Qué doler? No me interrumpas, que no me agrada; déjame concluir. Bebimos hasta el día y me quedé dormido en la cocina, tan beodo estaba. Cuando desperté no podía levantarme.

—Y no te dolía? —preguntó otra vez Olenín creyendo que ahora obtendría respuesta.

—Has dicho si me hacía daño? Ninguno y sin embargo no podía moverme ni andar.

—Curaste por fin? —preguntó Olenín sin que se reflejara en su rostro la más leve sonrisa, tanta era la tristeza que invadía su alma.

—Sí, la herida cicatrizó, pero la bala está ahí todavía. Toca y verás.

Y levantándose la camisa enseñó su fornida espalda, cerca de la columna vertebral se veía en efecto una balita.

—Mira como rueda, —dijo palpando la bala como si fuese un juguete. — Ves? ya baja...

—Vivirá Lukachka? —preguntó de pronto Olenín.

—Dios lo sabe! No tiene médico; han ido ahora á buscar uno.

—Dónde lo encontrarán? En Gronvia?

—No, *padre!* Si yo fuera el Zar ya hace tiempo que hubiera hecho ahorcar á todos los médicos rusos. No saben más que cortar. Ellos han estropeado por completo á nuestro cosaco Bakladov.

Le han cortado la pierna. Son verdaderos burros. Para qué sirve ahora Bakladov? No, *padre*; en las montañas hay buenos médicos. Un día, durante la guerra, mi amigo Vortchik recibió una herida en el pecho; pues bien, nuestros médicos le condenaron. Saich bajó de la montaña y lo curó. Ellos conocen bien las hierbas.

—Basta de majaderías. Enviaré un médico del regimiento y será lo mejor.

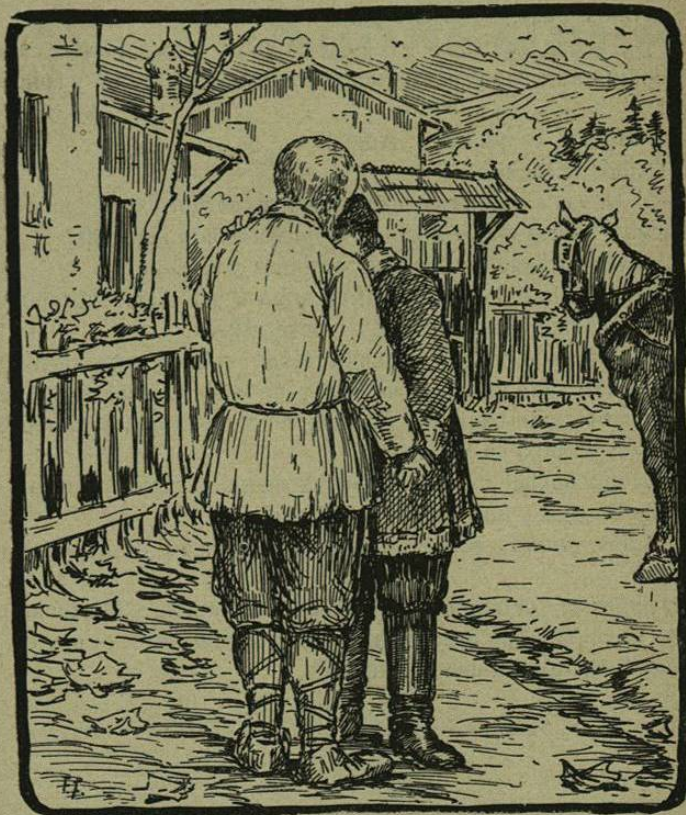
—Qué tontería!—exclamó el viejo.—Necio! necio! Enviar un médico! Si vuestros doctores fuesen tan buenos, todos los thetchenzes y cosacos irían á vuestro país á curarse cuando estuvieran enfermos; y por el contrario son vuestros oficiales y coroneles los que vienen aquí á curarse con los médicos de las montañas. En tu país todo es farsa.

Olenín no respondió. Demasiado sabía que en su antiguo mundo no imperaba más que la falsedad. Y lo peor es que ahora iba á habitar en él nuevamente.

—Has visto á Lukachka? Cómo está?

—Está como muerto; no come ni bebe; no toma más que aguardiente. En cuanto se lo lleva á los labios se encuentra mejor. Qué lástima! Tan buen muchacho! Igual que yo. También me tocó una vez estar próximo á la muerte... La cabeza me abrasaba. Acostáronme al aire libre. Estando así, detrás del fogón una banda de tamborcillos tocaba la retreta. Gritéles y comenzaron á tocar con más fuerza. Las mujeres me trajeron un cura... Querían prepararme y le decían: «Ha sido muy mujeriego y perdió muchas almas; comía carne en día de vigilia y gustaba de tañer la *balalaika*». Y comencé contristado mi confesión: «Soy un pecador», dije, y á todo cuanto me decía el sacerdote, respondía: «Soy un gran pecador». Comenzó á hablarme de la *balalaika*. «Dónde está esa maldita? Enséñamela y rómpela». Yo contesté: «No tengo». Y yo mismo la había escondido en una cesta en la cocina; ya sabía que no la habían de encontrar. Por fin me dejaron tranquilo y... todavía vivo. Luego he continuado tañendo mi *balalaika*... Te decía... Ah! sí, escucha. Ve á donde no haya mucha gente, porque de lo contrario te matarán. Yo lo sentiría mucho. Eres borracho; pero, eso no obstante, yo te quiero. Por lo general tus paisanos gustan de la montaña. A mi casa venía un ruso que salía siempre á trepar por los montes y los llamaba *pelonas*; cuando veía un montículo, nos abandonaba. Eso fué su perdición. Un día subía tan contento por la falda de una montaña, cuando un thetchenze que le vió lo mató. Ah! los thetchenzes tiran bien. Hay algunos que tienen mejor puntería que yo. Me exaspera que maten tan traidoramente... Algunas veces viendo tirar á

vuestros soldados, he quedado extrañado. Qué de tonterías! Marchan alineados y todos con el cuello rojo. Así es cómo se han de ocultar? Bala que sueltan, soldado que matan. Caen los desgraciados y otros en su sitio. Qué estúpidos!—repetía el viejo moviendo



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

la cabeza.—Por qué no separarse y marchar cada uno por dond le dé gusto? Si lo hicieran así, no serían tan vistos y nadie los mataría.

—Adiós, Erochka,—dijo Olenín levantándose y dirigiéndose hacia la puerta;—ya nos volveremos á ver algún día, si Dios quiere.

El anciano permanecía sentado en el suelo.

—Pero se separa uno así, imbécil?—dijo.—Hemos estado juntos un año entero y... Adiós; ya está dicho todo! y yo que te quiero tanto! Me da lástima; pobrecito... y siempre solo! Qué insociable

eres! Me ha sucedido no dormir por la noche y pasarla pensando en tí; tanta compasión me inspirabas. Dice verdad la canción:

Es triste, hermano querido,
vivir en país extraño.

—Adiós, pues,—dijo Olenín.

—No; dame la frente,—repuso el viejo, y cogiendo la cabeza de Olenín entre sus gruesas manos, besóla tres veces y rompió á llorar.

—Mucho... te quiero!... Adiós.

—Adiós, Erochka.

—Y, te vas sin dejarme nada como recuerdo? Dame una de tus carabinas; tienes dos,—decía el viejo vertiendo lágrimas.

El joven escogió una de sus carabinas y dióselas.

—Por qué le dais esa magnífica arma á ese viejo?—gruñó Vanucha.—No tiene bastante ese tío miserable?

—Cállate,—le replicó Erochka riendo.—Anda, avaricioso!

Marianka salía en aquel momento de la despensa; dirigió una mirada indiferente hacia los viajeros, hízoles un ligero saludo con la cabeza, y entró en la cabaña.

—La muchacha!...—dijo Vanucha en su especial francés, con un guiño de ojos y una sonrisa de idiota.

—Adiós, *padre*, adiós; me acordaré mucho de tí,—gritaba Erochka.

Al alejarse, Olenín se volvió todavía... Erochka y Marianka hablaban ya entre sí de asuntos al parecer indiferentes: ni el viejo ni la joven le dirigieron una mirada más.

Sebastopol

1854-56